

Un día de enero

PATRICIO JOSÉ GONZÁLEZ MUÑOZ

La luz de la tarde se reflejaba en el agua de aquellas mesas que no habían sido retiradas a tiempo. Entre el arrebol del cielo y el eco cada vez más lejano de la lluvia, entre unas nubes que se disipaban y las dudas propias de un estudiante, emergía intacta en su belleza la plaza del Cardenal Salazar.

Allí, frente a la plaza, Rubén se preguntaba en un portal, con su mochila entre los brazos, si había servido de algo la acción del día anterior para frenar la venta del histórico edificio de la Facultad de Filosofía y Letras. Igualmente, las dudas en torno al amor, los exámenes y un posible trabajo copaban su mente.

Pero esos bellos momentos, que como destellos parecen deslumbrarlo todo, eran parecidos a los de otro año, a los de otro curso. Tuvo un *déjà vu* y se estremeció con la añoranza propia de un enero incierto.

El día anterior, sus compañeros y él habían tirado, con una mezcla de emoción y sensación de irrealidad,

una serie de pasquines frente a la empresa que buscaba adquirir el antiguo Hospital del Cardenal Salazar. Quizá fuera osado creer que su protesta tendría algún efecto en la opinión pública o en las autoridades, pero no quedaba más que llamar a cada puerta para que su mensaje, de mantener la Facultad en este lugar tan especial, se escuchara con claridad.

Sin embargo, los días habían transcurrido con la sensación impertinente de algo que lo inquietaba también. Lucía le comentaría en qué punto estaba su relación. Un primer amor a punto de romperse es algo complejo de sentir.

En ese preciso instante se acercó Lucía para saludarle. Sin duda, en la mirada de ambos aún existía una atracción, un recuerdo de lo vivido, de lo pasado, de lo amado, de todo lo bueno y de lo que no lo era tanto. Bajo un cielo extraño, se encaminaron hacia el Puente Romano con paso tranquilo, aunque con esto solo escondían los nervios de no saber muy bien cómo empezar a hablar.

¿Tanto hemos apostado para nada? ¿Acaso no podemos intentarlo? Mejor será que empecemos otro camino para ver qué nos pasó y estar felices. No, no, eso que me dijiste me resultó muy ofensivo e innecesario, así como que no vinieses al cumpleaños de Miguel. Tienes razón, cómo pudimos no darnos cuenta de lo que nos molestaba para solucionarlo. Sí, debemos darnos un tiempo para cada uno, pero ojalá que un día de enero o de otro mes nos reencontremos, aquí frente

al río por el que más de una vez hemos pasado para contarnos cómo nos va la carrera, cómo son nuestros sueños, para besarnos.

El abrazo de la despedida dolió más que todos los proyectos que se agolpaban esperando cumplirse entre el estrés y la esperanza, más que los sinsabores de llegar a Córdoba desde un pequeño pueblo con el ánimo de ser mejor tras una adolescencia conflictiva. El amor no basta a veces y hay que aprender a reponerse, a no cerrar el corazón. Era cierto que existía el afecto, pero ya no pasión, ambos sabían que solo quedaba un buen recuerdo.

El año siguió su curso, Lingüística resultó ser una auténtica sorpresa, puesto que era la primera matrícula de Rubén. No sin esfuerzo y con algún problema para concluir varios trabajos académicos, lo fue aprobando todo e incluso lo compaginó con un trabajo de repartidor algún fin de semana.

En lo que concernía a las protestas por el traslado de la Facultad, se intensificaron las acciones reivindicativas (colgar murales, jornadas de debate, concentraciones y reuniones, entre otros actos) y quizá por esto o por otros motivos, se revirtió la decisión de vender el edificio. No todo iba mal.

Las fiestas, la unión de la pandilla de amigos, una causa en la que creer y la poesía fueron el consuelo, mientras el corazón se encontraba nadando como un naufrago hacia la orilla. Si bien era cierto que se encontró alguna vez con Lucía, pero no intercambiaron más

de algún saludo en mitad del pasillo, entre la multitud durante algún cambio de clase. En una de las ocasiones ella le dijo que se iría de Erasmus el siguiente curso pues tenía muchas ganas de salir a ver mundo y conocer otra gente. Él también pensaba en salir de Córdoba de Erasmus.

Los meses pasaron y las vacaciones fueron en gran medida, más allá de las altas temperaturas, una especie de viaje a ninguna parte, una mezcla de recuerdos y salidas por el pueblo de las que cuesta acordarse a la mañana siguiente. No es menos cierto que Lorca y Karmelo Iribarren se fueron convirtiendo en una tabla de salvación para liberarse de la monotonía de los días. Además, unos días en Málaga con el grupo de amigos del pueblo le ayudaron a divertirse. Durante el verano, tuvo amores fugaces, como con Marcos, un compañero, y con Silvia, que pasó de ser un *match* a una buena amiga.

El otoño tardó en llegar lo que un verano concede en irse después de varias olas de calor. Más tarde, el invierno hizo acto de presencia y trajo una sensación de melancolía sin digerir.

Ahora, cuando la lluvia vuelve a caer bajo el soporal, cuando se piensa en aquellos días difusos, una ligera sonrisa emerge, pues lo aprendido ya no se olvida. El agua suena como una sinfonía entre las callejas que, hermosas, se abren cual estampa de otra época.

El tiempo ha transcurrido como un río imparable. Un nuevo día de enero, Rubén espera a que llegue

Lucía, como amigos que se aprecian con genuino cariño, para contarse de su vida dando un paseo y con ganas de cenar juntos. Otra empresa se ha interesado en convertir la vetusta Facultad en un hotel. Los estudiantes, los que ya no son estudiantes (aunque sigan siéndolo de corazón) y los profesores se han unido para que no se venda este espacio único. También los exámenes esperan a la vuelta de la esquina.

En definitiva, la vida sigue su curso y el atardecer saluda con un aire de promesas y sueños por cumplir. A lo lejos, aún se divisan unos caminantes sobre el Puente Romano.

